

## ALCIBIADES Y EL PROCESO DE LOS HERMES

SUMARIO: I. LA EXPEDICIÓN A SICILIA. — II. LOS PRESAGIOS. LA MUTILACIÓN DE LOS HERMES. — III. LAS "HETAIRÍAS". — IV. EL OBJETO DE LA MUTILACIÓN. — V. EL PROCESO DE LOS HERMES. — VI. ALCIBIADES Y LA OPINIÓN PÚBLICA. — VII. LLAMADO Y CONDENA DE ALCIBIADES.

### I

A principios del que sería nuestro mes de junio, 415 años antes de esta era, en una brillante mañana de mediados del verano, una rumorosa muchedumbre bullía en el puerto del Pireo. Cinco mil hoplitas elegidos entre varios miles de voluntarios, ufanos de sus armas acicaladas, se disponían a embarcarse en las ciento cincuenta trirremes cuidadosamente aparejadas por la emulación de los trierarcas, que esperaban en línea, cada una con su emblema en la alta popa donde resaltaba la figura de Atena. Compañeros, parientes o hijos de los soldados los rodeaban, quien envidiando el rico botín que al amigo esperaba, quien pensando con angustia si volvería a ver el deudo que tan lejos partía.

Una vez embarcados y cuando ya amenguaba el vocerío de despedidas, recomendaciones, órdenes que de unos a otros se cruzaban, de pronto la imperiosa voz de las trompetas dió la señal del silencio. En seguida, de nave a nave, los pregones transmitieron la orden de elevar las acostumbradas plegarias simultáneamente en toda la flota. Pudo verse entonces en todo el ámbito del puerto levantarse a una en cada barco las crateras de oro para las libaciones, mientras que en los muelles la multitud acompañaba el gesto de los oficiantes y coreaba sus palabras. Luego, sobre el mesurado ritmo de las voces que oraban, relampagueó el brioso grito del peán y movidas por sus entu-

siastas y esperanzados remeros, las lucidas trirremes salieron del puerto y en larguísima fila tomaron la ruta de Egina (1).

Nunca había salido de los puertos griegos una armada tan lucida y poderosa como ésta, que las ambiciones democráticas habían conseguido de la asamblea del pueblo sobreponiéndose a la oposición de los que detrás del timorato Nicias miraban con repugnancia toda aventura lejana. Desde que el año anterior los delegados de la ciudad de Egesta habían venido a pedir a los atenienses ayuda contra sus vecinos de Selinunte, en Atenas el tema del día era Sicilia. En el ágora, en las palestras, se formaban grupos más numerosos y bulliciosos que de costumbre y no faltaba el político callejero y lenguaraz que demostraba concluyentemente que los atenienses no podían despreciar esta ocasión de extender su hegemonía a una isla tan llena de riquezas, ni el estratego improvisado que, dibujando sobre la arena el mapa de Sicilia, hacía ver con incontrastable evidencia que la toma de Siracusa sería un juego de niños para las fuerzas atenienses (2). Para dar pábulo a la ya exaltada fantasía popular, los delegados mandados a Sicilia para cerciorarse del estado de las cosas y de la realidad de las promesas de los egestanos, volvían deslumbrados por la riqueza que se había desplegado ante ellos, sin que su codiciosa admiración hubiese reparado, no ya en que los tesoros exhibidos habían sido acumulados astutamente, tomándolos prestados a toda la ciudad y a sus vecinos (3), pero ni siquiera en que los vasos, trípodes y demás enseres de oro expuestos profusamente en cada templo que visitaban, eran como los ejércitos de los teatros que por detrás de la escena vuelven a presentarse. Pero esto no lo sabían ni lo hubieran creído los atenienses, sobre todo cuando los egestanos que regresaban con ellos traían como anticipo y para el pago de los salarios de un mes de sesenta naves, la bonita suma de sesenta talentos en relucientes barras de plata (4).

Fácil le había sido, pues, a Alcibiades obtener que el pueblo votara entusiasmado la expedición: a pesar de su juventud, se había revelado hábil político al conseguir poco

(1) TUCÍDIDES, VI, 31, 32.

(2) PLUTARCO: *Nicias* XII, 1.

(3) TUCÍDIDES: VI, 46, 3, 4; DIODORO DE SICILIA: XII, 83, 4.

(4) TUCÍDIDES VI, 8, 1.

antes la alianza de Argos, con lo que hincaba una espina en el flanco de los espartanos, y todos los amigos de lucrativas empresas y de soluciones definidas lo miraban ya como un jefe eficaz que no se embarazaría con los escrúpulos y vacilaciones de Nicias. En vano éste, en la asamblea siguiente, se esforzó en demostrar que era impolítica y peligrosa esta empresa a la que se dejaban llevar por un adolescente "todavía demasiado joven para mandar", que no lo hacía por el interés de la ciudad, sino "para obtener algún provecho del mando a causa de lo cuantioso de los gastos" (5): demasiado tentador era el fruto que Alcibiades prometía para no pensar con él que Nicias intentaba poner "discordia entre los jóvenes y los viejos", en lugar de trabajar por la grandeza de la ciudad siguiendo el ejemplo del tiempo de los mayores, cuando "los jóvenes junto con los ancianos deliberaban" (6). Pensó, entonces, Nicias que los gastos de una expedición considerable asustarían al pueblo y declaró que estimaba necesario un mínimo de cien naves y cinco mil soldados. Pero olvidaba que los que iban a pagar eran los menos, mientras que los que esperaban provecho y ansiaban correr la aventura, poco se preocupaban del peculio de los ricos; de modo que no hubo ocasión de regatear y Nicias, muy a desgana, Alcibiades, lleno de esperanzas, y Lámaco, siempre listo para combatir, se vieron al frente de la poderosa expedición que aun debía reforzarse con los contingentes aliados que en Corcira se le incorporarían.

## II

Pero esta lucida y poderosa armada, instrumento de magníficas conquistas en la esperanza de muchos y hermoso signo de la pujanza de Atenas, cuya vitalidad poderosa se había repuesto ya de los quebrantos de la guerra y de la peste, era como el último fulgor del astro del imperio ateniense, crecido con Temístocles, embellecido con Pericles y que iba a oscurecerse en las canteras de Siracusa para apagarse junto a Egospótamos, porque los versátiles atenienses no supieron desoír el envidioso encono de los enemigos de Alcibiades y volvieron neciamente

(5) TUCÍDIDES, VI, 12, 2.

(6) TUCÍDIDES VI, 17, 6.

contra sí la genial ambición de quien pudo haberlos llevado a nuevas grandezas.

En efecto, los que del Pireo regresaban cuando las patrias trirremes se empequeñecían en el horizonte, calmado un tanto el entusiasmo del grandioso espectáculo, debían de sentir como un sordo desasosiego al recordar los acontecimientos que habían precedido la partida y que muchos espíritus suspicaces miraban como funestos presagios. Quizá Sócrates mismo marchaba pensativo entre ellos y él, cuyo espíritu familiar le había anunciado ya que la expedición acarrearía la ruina de la ciudad (7), recordando el solemne momento de las preces, oía tal vez en su memoria, como un nuevo anuncio divino, el verso de Homero: "pero no acogió sus ruegos el hijo de Kronos" (8).

Y a la verdad, para el ánimo supersticioso de los griegos habían ocurrido cosas que podían dar que pensar. Unas, por cierto, obedecían a causas muy poco sobrenaturales, como el incendio de la casa del astrólogo Metón, que él mismo provocó fingiéndose loco para evitar el peligro de ser elegido como uno de los jefes de la expedición (9); recurso un poco caro pero que otros también utilizaron para pedir la devolución de sus hijos enrolados en la armada. Otros hechos eran más sugestivos, como la irreverencia de los cuervos que arrancaron los frutos de oro de la palma de bronce que sostenía la estatua de Palas, dedicada en Delfos por los atenienses con los trofeos de las guerras médicas, o el plañido de las mujeres que sobrecogió a la ciudad pocos días antes de la partida al celebrar con las lamentaciones rituales la fiesta de Adonis (10).

Pero el más importante de estos hechos, que salía de los límites de la simple agorería y que iba a traer consecuencias civiles y políticas considerables, fué la célebre mutilación de los Hermes. Este hecho curioso, fruto de un estado de sorda discordia determinado por el conflicto de envenenadas ambiciones, es como el primer eslabón visible de la cadena de contrastes que iba a llevar a Atenas a su ruina. Y si se piensa en que la más

(7) PLUTARCO: *Nicias* XIII, 8; id. *Alcibiades* XVII, 5.

(8) *Iliada* III, 302.

(9) PLUTARCO: *Alcibiades* XVII, 5, 6; ELIANO: *Varia Historia* XIII, 12.

(10) PLUTARCO: *Nicias* XIII, 4, 9; *Alcibiades* XVIII, 3.

dolorosa de las desgracias que siguieron, la destrucción en Sicilia de ese brillante ejército, tuvo por instrumento el valiente salvador de Siracusa, Hermócrates, no deja de sorprender, aunque fortuita, la coincidencia de que por el significado de su nombre, apareciese éste como el vengador del dios ultrajado (11).

Como se sabe, el dios Hermes, identificado más tarde con el Mercurio romano, no era solamente el mandadero de los dioses y el conductor de las almas de los muertos de quien se burla con donosa irreverencia el mordaz Luciano, o el dios del caduceo y de los zapatos con alas de la mitología convencional y figurativa. Personificación primitiva de la fecundidad de las plantas y animales, se representó primero con un montón de piedras al borde del camino al que cada viandante agregaba la suya, de lo que resultaba un túmulo cuya repetición servía de guía y así el dios adquirió el atributo de protector de los viajeros. También se representó con un poyo fálico (12), que con el desarrollo de la escultura tomó la forma de una columna o prisma rematada en cabeza del dios, que acabó por colocarse en las encrucijadas de las calles y delante de las casas. En el Atica, Hiparco, uno de los hijos de Pisístrato, había hecho colocar columnas de éstas en los caminos que conducían a la ciudad, a guisa de hitos camineros que llevaban, además de la indicación de las distancias, un precepto moral en versos breves (13); y en Atenas las había en gran cantidad, no sólo aisladas, sino también en largas filas, como la que adornaba el costado norte del ágora, desde el Pecile hasta el Pórtico Real (14). Eran a veces obra de célebres artistas: Alcámenes, discípulo de Fidias, esculpió uno para el Propíleo, copia del cual fué encontrada en 1903 en Pérgamo (15), pero siempre conservaban para el cuerpo la forma arcaica del prisma, modificada solamente por la agregación de los atributos masculinos.

Pues bien, una mañana, pocos días después de la asamblea en que se votaron los efectivos de la expedición, los atenienses,

(11) TIMEO, citado por PLUTARCO (*Nicias I*) y Longino (IV, 3).

(12) PAUSANIAS VI, 26, 5.

(13) PLATÓN: *Hiparco*, p. 229a.

(14) JENOFONTE: *Hiparco III*, 2; *Esquines*, contra Ctes. 183, Suidas.

(15) BAUMGARTEN, POLAND; WAGNER: *La civiltà greca* (trad. della Seta), p. 321.

sorprendidos primero y luego de más en más inquietos, iban descubriendo que en todas las estatuas familiares de Hermes que encontraban a su paso, aparecían las partes salientes y hasta la cabeza rotas a golpes en la noche anterior, por obra de impías y misteriosas manos.

Es de imaginar la animación que reinaría en los corrillos engrosados por momentos y cómo se comentaría este hecho insólito relacionándolo con los malos presagios que se venían sucediendo, hasta despertar un sordo pánico en la ciudad. No se trataba, por cierto, de un hecho trivial que, como podría pensarse y como ya algunos se inclinaban a hacerlo, hubiera de achacarse a inconscientes desmanes inspirados por el vino de una francachela (16). La mutilación había sido general (una sola estatua se salvó, luego veremos cómo) y esto parecía revelar claramente la ejecución de un plan deliberado, atribuido por muchos, desde el primer momento, a gentes de Corinto, metrópoli de Siracusa, para impedir o retardar la expedición (17).

Las severísimas medidas que se tomaron más tarde revelan la gravedad que el hecho asumía en la mente de los atenienses, pero la verdadera causa de este azoramiento ha quedado un poco oscura para muchos historiadores que se han empeñado en atribuirlo a la indignación por el sacrilegio. Ciertamente es, como dice Grote (18) apoyándose en una cita de Cicerón (19), que "el sentimiento religioso de los griegos consideraba que el dios estaba radicado o domiciliado donde su estatua estaba", y que esas estatuas de Hermes "eran, no solamente un adorno admirado y singularísimo de la ciudad, sino que eran también un símbolo de la religiosidad pública... y como símbolos de la protección divina", según las palabras de Curtius (20); y de cierto punto de vista muy general, acaso pudiera admitirse, siguiendo la comparación de Grote, que los atenienses sintieran ante ese sacrilegio algo parecido a lo que habrían sentido los habitantes de una ciudad española o italiana del siglo pasado, al encontrar una mañana decapitadas todas las estatuas de la

(16) PLUTARCO: *Alcibiades* XVIII, 5.

(17) PLUTARCO: *Alcibiades* XVIII, 4.

(18) GROTE: *Hist. of Greece*, ed. Dent, t. VII, p. 207.

(20) CURTIUS: *Storia Greca* (trad. Müller-Oliva), t. II, p. 591.

Virgen (21). Sin embargo, las comparaciones entre el modo de pensar de los modernos con el de los antiguos, no dejan de ser aventuradas, según la atinada advertencia de Montesquieu (22), y más cuando, como en el caso presente, se descuida algo tan importante como lo es en Atenas la realidad política.

### III

En efecto, los resultados de las guerras médicas y la gestión de Temístocles habían iniciado una política de imperia-lismo marítimo contraria a los intereses de la democracia bur-guesa instaurada por Clístenes. Esta política se apoyaba, natu-ralmente, en las clases menos pudientes, sobre todo en los pro-letarios (thetes), entre quienes se reclutaban las tripulaciones de marineros y remeros; de donde resultó un acrecentamiento de importancia para estas clases, que, sintiéndolo así, empe-zaron a gravitar con más peso en el funcionamiento de las ins-tituciones y a inclinarlas a la forma netamente democrática, con ribetes de demagogia, que iban a tomar con Efialtes y Peri-cles (23).

Pero aquella burguesía, que había desalojado la tiranía de los Pisistrátidas y que ahora se veía acosada a su vez por la ola de un democratismo más avanzado, contenía en su seno, casi sin alteración, muchos de los elementos de la vieja aristo-cracia, cuyas principales familias conservaban gran parte de su antigua influencia dentro de la organización fundada en la pequeña propiedad agraria con que Clístenes había querido asegurar la autoridad a las clases pudientes (24). La vuelta a la política marítima de Pisístrato y el consiguiente progreso hacia la democracia completa que Clístenes había querido evitar, iban a producir un cambio en las costumbres de esa aristocracia, al restar importancia a la vida del campo, de donde la guerra del Peloponeso acabó por alejarla. Entretanto, después de con-seguir, con la ayuda y en el interés de los espartanos, la elimi-nación de Temístocles de la dirección de la política, los aris-

(21) GROTE, *op. cit.*, VII, p. 209.

(22) MONTESQUIEU: *De l'esprit des lois*, I, XXX, c. XIV.

(23) ARISTÓTELES: *Política*, II, 1274a; V, 1304a.

(24) G. DE SANCTIS: *Storia della Repubblica Ateniese*, p. 358.

tócratas no habían podido evitar la derrota de Cimón por Pericles y soportaban mal y llenos de encono la creciente influencia que con éste a la cabeza alcanzaba el proletariado en las asambleas y los perjuicios que esta supremacía les acarrea.

Porque, además del desprecio del eupátrida por el plebeyo, poco distante a sus ojos de un esclavo, lo que hace decir con despreciativa ironía al autor de la política atribuida a Jenofonte, que si en Atenas no se permitía golpear a los esclavos, era porque los atenienses temían recibir por error algunos azotes (25), además de este desprecio de clase, lo que enconaba a los aristócratas, esto es, a los pudientes, eran también los constantes despojos de que eran víctimas por obra de los sicofantas de que vivían perseguidos, verdaderos agentes de "chantage" en la gran mayoría de los casos, contra quienes no había defensa ante tribunales formados por proletarios envidiosos de los ricos. Para defenderse de algún modo contra esta plaga por medio de una mutua asistencia y también para trabajar en común por el acceso a las magistraturas de donde los desalojaban los populares, cuyos salarios, acrecentados por el incremento de la actividad marítima, los hacían ingresar en las clases elegibles, los aristócratas habían venido formando, desde la época de Clístenes, ciertas asociaciones, las "hetairíai" (26), que pronto tomaron el carácter de clubs políticos, donde alrededor de un jefe se reunían más o menos secretamente los descontentos y los enemigos del orden de cosas dominante.

Con el acrecentamiento de la supremacía popular se fueron multiplicando estas asociaciones hasta cubrir a Atenas como de una red de sociedades secretas (27), cuya existencia, por lo menos sospechada, no escapaba al pueblo en general y eran para él, no sin razón, otros tantos focos de conspiraciones oligárquicas. Y tanto, que cualquier actitud insólita se atribuía a conspiración, como entre varios otros lugares de Las Avispas y de Los Caballeros lo pinta jocosamente Aristófanes: "Ved cómo todo es para vosotros, tiranía o conspiración, sea grande o pequeño el asunto denunciado. Durante cincuenta años ni una sola vez oí el nombre de tiranía, pero ahora es más común

(25) JENOFONTE: *Respublica Atheniensium*, I. 10.

(26) TUCÍDIDES VIII, 54; ARISTÓTELES: *Política* V, 5, 1.

(27) G. MÉAUTIS: *L'Aristocratie Athénienne*, p. 19.

que el pescado salado, tanto, que su nombre rueda por todo el mercado. Si uno compra orfos y no quiere sardinas, en seguida, el que al lado vende sardinas dice: Este hombre parece hacer provisiones para la tiranía. Si otro pide puerro para dar algún condimento a las anchoas, la verdulera, mirándolo de soslayo, le dice: ¡Oye! ¿pides puerros? ¿Piensas en la tiranía, o crees que Atenas te ha de pagar los condimentos?" (28).

El estado de la opinión pública desde la guerra del Peloponeso, que refleja Aristófanes en las citadas comedias y el cuadro general que describe más tarde Tucídides (29), apoyan suficientemente la afirmación de G. Méautis: "Se puede decir, sin exageración, que la democracia ateniense vivió en esa época en una verdadera obsesión de las conjuraciones aristocráticas, obsesión que los oradores de los partidos populares no hacían sino reforzar con sus discursos y sus insinuaciones" (30). Lo que sublevaba a la recelosa democracia ante la mutilación de los Hermes, no era, pues, la simple posibilidad de que los que habían sido capaces de este sacrilegio pudiesen llegar a ser un peligro para las instituciones, las leyes, las costumbres, como dice Curtius (31); era, por el contrario, la certidumbre de que semejante acto estaba dirigido precisamente contra las instituciones democráticas.

Los testimonios de los autores antiguos, algunos contemporáneos del hecho, parecen bastante explícitos en este sentido, como lo señala con mucha sagacidad H. Weil (32). Sin hablar del orador Andócides, de quien trataremos más adelante en razón de su situación especial en el asunto, hallamos en primer término la afirmación tan respetable de Tucídides, reproducida casi con las mismas palabras por Plutarco (33) y Diodoro de Sicilia (34). Según él, que no da una opinión personal, sino que consigna el estado de ánimo de las gentes, los atenienses daban al atentado una importancia tal, que no solamente lo miraban como un mal presagio para la expedición, sino que

(28) ARISTÓFANES: *Avispas*, 488 sq.

(29) TUCÍDIDES, VIII, 65, 66.

(30) G. MÉAUTIS, *op. cit.*, p. 20.

(31) CURTIUS, *op. cit.*, II, 591.

(32) HENRI WEIL: *Etudes sur l'antiquité grecque*, p. 282 sqq.

(33) PLUTARCO: *Alcibiades* XX, 3.

(34) DIODORO DE SICILIA, XIII, 2, 4.

pensaban que había sido hecho por medio de una conjura para una revolución y para derrocar la democracia (35). Y en parecidos términos se expresa cuando habla de la opinión de los atenienses sobre las parodias de los misterios atribuidas a Alcibiades, que salieron a relucir en el mismo proceso: para los enemigos de Alcibiades, aquellos actos habían sido hechos con el mismo propósito que la mutilación y con una conjura contra la democracia (36).

Casi más explícito es Cornelio Nepote, que además de Tucídides, debe de haber conocido a Teopompo y a Timeo, hoy fragmentarios. El tampoco habla en su nombre, sino que transmite la opinión de los atenienses, a quienes, según él, les parecía que aquello no había sido hecho sin una gran conspiración de muchos y no con un fin privado, sino público, como asimismo que la parodia de los misterios de que también se acusó a Alcibiades, no se relacionaba con la religión, sino con una conspiración (37).

#### IV

Claro está que con los elementos que han llegado hasta nosotros, parece imposible llegar a individualizar, siquiera aproximadamente, los autores de esta fechoría y pese a lo mucho que excita la curiosidad este interesante episodio, hay que resignarse a ignorar mucho de él, puesto que el mismo Tucídides afirma que ni entonces ni después nadie pudo decir quiénes fueran sus autores (38). Es muy posible que los escritores contemporáneos fueran prudentemente discretos, por temor a las enemistades de familia, de modo que los posteriores sólo pudieron recoger sus vagas y compendiosas indicaciones que sirven de base a las interpretaciones, en gran parte conjeturales, de los historiadores modernos (39). Con todo, la situación política aludida más arriba permite algunas suposiciones, acaso no del todo aventuradas.

Esta situación presenta la democracia ateniense en un momento de crisis: "Después de la muerte de Cleón, la turbulenta

(35) TUCÍDIDES, VI, 27, 3.

(36) TUCÍDIDES, 61, 1.

(37) CORNELIO NEPOTE: *Alcibiades* III, 3; III, 6.

(38) TUCÍDIDES, VI, 60, 2.

(39) H. HOUSSAYE, *Histoire d'Alcibiade*, t. II, p. 83.

democracia no halló ya un hombre que supiese dominarla tan completamente por sus propias pasiones. La historia interna de Atenas entre 421 y 414 nos es, en suma, bastante mal conocida. Pero por lo menos vemos claramente que nadie se halló entonces en estado de reinar sobre la asamblea. La política externa obedece, ora al impulso de los partidarios de la paz, ora a la de los autores de guerra y de aventuras; oscila entre Nicias y Alcibíades; ni uno ni otro consigue imprimirle una dirección firme y continuada. Personajes secundarios, Hipérbolo, Pisandro, Feax, Teramenes, Demóstrato, Androcles, para nombrar sólo algunos, tratan de crearse un papel y se agitan alrededor de la tribuna. La intriga domina por todas partes. Y en esta agitación confusa, la oligarquía, que siente la debilidad del partido dominante y advierte sus incoherencias de conducta, vuelve a tomar confianza poco a poco y madura sus propósitos" (40).

En estas intrigas debían de tener activa participación las ya mentadas asociaciones aristocráticas, como la tuvieron más tarde en el establecimiento del gobierno de los Cuatrocientos y posteriormente en el de los Treinta Tiranos. Sus conocidos propósitos antidemocráticos (41) llegaron con esto a tal punto que más tarde, entre las causales de destierro, se introdujo la de pertenecer a asociaciones políticas y sus actividades no eran menos sospechosas al partido popular que siete años antes, cuando se representaban Las Avispas. De ellas habrían salido todos esos rumores alarmantes adversos a la expedición a Sicilia, así como los comentarios maliciosamente exagerados que corrían sobre la conducta despreocupada de Alcibíades, ahora el ídolo del pueblo y por eso el odiado enemigo de la fracción oligárquica, para cuyos ambiciosos cabecillas era un temible rival. Sus componentes no debían de tener escrúpulos en hacerse pasar por demócratas entusiastas para sembrar el desconcierto y el desasosiego, con alusiones a los peligros que representaba el engrandecimiento de un noble como Alcibíades, cuyos frecuentes desplantes daban algún asidero a las sospechas que despertaban sobre su sinceridad.

(40) M. CROISSET: *Aristophane et les partis à Athènes*, p. 187.

(41) ARISTÓFANES: *Caballeros* 475; ISÓCRATES de *Bigis*, 5. 6.; PLUTARCO: *Aristides* XIII.

Se explica entonces que en una atmósfera tan cargada de sordas amenazas, un hecho bien concreto pero sin explicación clara, fuese para todos los que temían algo, la prueba de la realidad de este temor y produjese el estallido de cólera popular que hizo vivir a la ciudad durante el largo proceso bajo un verdadero régimen de terror. Para los atenienses la mutilación era, pues, la señal de una conspiración oligárquica, tramada en una o en varias "hetairiai" para realizar un golpe de estado. Pero si, como es probable, no era el sentimiento religioso el principal determinante de la alarma, puesto que nadie de los que aluden a procesos característicos de impiedad, cita como tal el de la mutilación (42), debía de ser porque por alguna otra razón el sacrilegio podía tener relación con el orden público.

Esta razón es la que Weil ha creído hallar en una frase de Tucídides que él explica así: "Al hacer conocer los procedimientos de las sociedades secretas, el historiador nos dice que los hermanos y amigos se ligaban entre sí y se daban prendas mutuas cometiendo un delito en común" (43). Esto le sugiere una comparación con lo que se decía en Roma, según Salustio, acerca de la conjuración de Catilina, quien se habría asegurado de la fidelidad de sus cómplices haciéndoles beber sangre humana, y le induce a suponer que la mutilación de los Hermes haya sido uno de esos delitos en común que los jefes de los conspiradores habrían obligado a sus afiliados a cometer como garantía de su lealtad.

La suposición es ingeniosa y puede contener algo de verdad, pero, en primer lugar, Salustio se expresa en forma muy dubitativa y más bien escéptica sobre este acto de Catilina que, según él, "hubo quienes en ese tiempo dijieran" que lo había hecho, mientras que algunos lo tenían por imaginado para disminuir el mérito de Cicerón, y para él mismo resultaba "poco averiguado" (44). El hecho podría ponerse, pues, en la misma categoría de las versiones que más tarde se hacían correr sobre los sacrificios de niños por los cristianos.

En segundo lugar, la interpretación que hace Weil de las palabras de Tucídides acaso vaya algo más allá del pensa-

(42) H. WEIL, *op. cit.*, p. 282.

(43) H. WEIL, *op. cit.*, p. 287.

(44) SALUSTIO: *La conspiración de Catilina*, c. XXII.

miento del historiador. En efecto, la frase en que aquél se apoya pertenece a un párrafo cuya traducción exclusivamente literal es como sigue: "Y por cierto, el parentesco se volvía más extraño que la camaradería, por la mayor disposición a atreverse sin vacilar; porque tales asociaciones se formaban, no para utilidad de las leyes establecidas, sino contra ellas, por codicia. Y entre aquéllas los pactos se aseguraban, no tanto por medio de la ley divina, como por haber transgredido la ley en algo, de común acuerdo" (45).

Este párrafo viene a continuación del relato de las discordias civiles promovidas en Corcira a instigación de corintios y espartanos en el año 427 y pertenece al sombrío cuadro que con este motivo traza Tucídides, en todo el capítulo, de las ciudades de Grecia en cada una de las cuales había "discordias entre los dirigentes de los pueblos, favorables a los atenienses, y los oligarcas, favorables a los lacedemonios" (46), pues en un estado de guerra, mejor que en la paz, podían hacer venir sus aliados y dominar el partido adverso. En semejante estado, la violencia, la audacia, la deslealtad, era lo que principalmente se apreciaba, en razón de su eficacia, en esas banderías fundadas en el odio y en la codicia. El prestigio de las leyes era lo de menos y si para algo servía, era para mantener unidos entre sí a los que, conscientes de su propia culpa, tenían interés en evitar el libre ejercicio de esas leyes que incesantemente transgredían.

Tal es el sentido que parece tener la frase de Tucídides: sentido general con cierto fondo moral, deducido de la confusión y anarquía que producía en todas las ciudades de Grecia el reflujo de la lucha entre Atenas y Esparta. Y parece aventurado inducir de esa frase una costumbre de las sociedades secretas de sellar su pacto con un crimen o un delito, puesto que estas sociedades, que Tucídides, repetidas veces, y otros llaman también "sunomosíai", esto es, asociaciones juramentadas, debían seguramente este nombre a la costumbre de ligar sus miembros entre sí por un juramento, como puede inferirse además por las palabras que el orador Andócides pone en boca de uno de los delatores en el proceso de la mutilación (47).

(45) TUCÍDIDES, III, 82, 6.

(46) TUCÍDIDES, III, 82, 1.

(47) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 41, 42.

Por otra parte, si la mutilación hubiera sido una manera de sellar un pacto entre cierto número de personas con un fin subversivo ulterior, es poco verosímil que les conviniera un acto tan ostensible, que necesariamente había de producir un revuelo en la ciudad y probablemente malograr o, por lo menos, dificultar ese propósito. Por el contrario, parece más creíble que el atentado fuese en sí mismo el fin que se proponían los conjurados y que entrase precisamente en sus planes provocar la alarma que luego se produjo (48).

En efecto, a los elementos oligárquicos, a quienes es difícil no atribuir la responsabilidad de este hecho, semejante alarma del pueblo de Atenas les debía de ser favorable en los dos sentidos en que principalmente tuvo influencia: considerado como grave presagio, que venía a sumarse a los muchos otros de que se hablaba contra la expedición a Sicilia, podía conducir a una suspensión de esta empresa, ruinoso para los oligarcas, esto es, los pudientes, sobre quienes, gracias al sistema de las liturgías, recaían las más pesadas cargas. Mirado como atentado religioso que podía hacer prevalecer por algún tiempo el sentimiento supersticioso del pueblo sobre otras consideraciones, producía una atmósfera favorable para que prosperaran, con graves consecuencias, las acusaciones de impiedad relacionadas con la seguridad pública, y permitía comprometer en ellas a Alcibiades, odiado como caudillo de la democracia y principal obstáculo a una tentativa reaccionaria, cuyas irreverencias, celebradas en otro momento por el pueblo, podían volverse ahora contra él.

Si el primero de estos presuntos fines no se cumplió, el segundo tuvo al cabo un éxito completo del punto de vista de los reaccionarios, con el llamado y la condena de Alcibiades, cuya fuga previa demuestra que debía de estar bien al tanto de la clase de guerra que se le hacía y de la índole de los enemigos con quienes se las tenía que ver.

## V

De ser así las cosas, los procedimientos de los enemigos de Alcibiades para valerse de su manera de ser y envolverlo en el proceso que ellos mismos habían provocado, revelan, sin

duda, una habilidad digna de los odios políticos de la época, que Tucídides describe en el pasaje antes citado.

El comienzo de la campaña, una vez preparado el ambiente, es teatral, según lo refiere Andócides: "Estaba reunida la asamblea para despedir a los capitanes de la expedición a Sicilia, Nicias, Alcibiades y Lámaco y la trirreme capitana de Lámaco estaba ya anclada mar afuera. Entonces Pitónico, levantándose ante el pueblo, dijo: Oh atenienses, vosotros despedís un ejército y una armada tan grandes y estáis prontos a enfrentar el peligro, pero yo os demostraré que Alcibiades, vuestro capitán, ha parodiado en una casa, junto con otros, los ritos secretos de Eleusis y si votáis la impunidad para el denunciante, como pido, un esclavo de uno de los varones presentes, sin estar iniciado, os relatará los ritos secretos; y si no, si no digo la verdad, haced de mí lo que os parezca" (49). Despedidos de la asamblea los profanos, fué traído Andrómaco, esclavo de Polemarco, quien declaró haber presenciado en la casa de un tal Pulitión una parodia de los misterios, en que Alcibiades, Niciades y Meleto, ante numerosos espectadores, habían desempeñado el papel de sacerdotes.

El golpe era fuerte para Alcibiades: a la excitación que semejante denuncia levantaba, se mezclaron en seguida los discursos de enconados enemigos suyos, como el demagogo Androcles, para exacerbar los ánimos, relacionando esta profanación con la de los Hermes, vociferando que todo eso era el resultado de una conspiración contra la democracia (50) y apoyándose, para comprometer a Alcibiades, en la licencia y lujo de su vida, tan poco en armonía con las costumbres democráticas (51).

En situación tan delicada, Alcibiades sintió un instante de vacilación (52), pero aun tenía en su mano un arma poderosa: los soldados y marinos de la expedición eran favorables a quien los había entusiasmado y en cuyo arrojo y buena suerte confiaban más que en las condiciones del circunspecto Nicias y del sargento Lámaco., y entre ellos había mil, entre argivos y mantinenses, que decían abiertamente que si se em-

(49) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 11.

(50) PLUTARCO: *Alcibiades*, XIX, 1, 3.

(51) TUCÍDIDES, VI, 28, 2.

(52) PLUTARCO: *Alcibiades*, XIX, 3.

barcaban en tan distante expedición marítima, era sólo por Alcibiades y que si se le hacía a él alguna injusticia, se retirarían en seguida (53).

Advertido de estas disposiciones, Alcibiades, después de rechazar con brío la acusación y de justificarse largamente, atacó a sus adversarios con su propia arma, reclamando que, puesto que estaban terminados los preparativos de la expedición, se lo sometiese a juicio y se lo condenase o absolviese, pues no era prudente mandarlo, con semejante acusación, a la cabeza de tan grande ejército, antes de haber resuelto la causa (54). Con el favor del ejército y con la simpatía que todavía era capaz de despertar en el pueblo, era poco probable que Alcibiades hubiera perdido y esto no les hacía cuenta a sus adversarios que, cambiando de táctica hicieron hablar luego otros oradores encargados de desviar el asunto, para que, fingiéndose favorables a Alcibiades, persuadiesen a la asamblea que lo más urgente era la partida de la expedición y que este asunto se ventilaría después con tiempo y en un plazo que se fijaría (55). Así se resolvió, dando a sus enemigos la ocasión que buscaban de trabajar luego libremente a espaldas de Alcibiades.

Poco después de la partida de la flota, mientras proseguían la investigación los inquisidores nombrados para el caso, dos de los cuales, Pisandro y Caricles, eran tenidos por fervientes demócratas (56), un meteco, Teucro, que, por sentirse comprometido, se había puesto a salvo en Megara, hizo saber al senado que, si se le garantizaba la impunidad, revelaría lo que, como participante, sabía del asunto de los misterios, así como de la mutilación de los Hermes. Traído por delegados del senado dió los nombres de once personas que con él habían tomado parte en una parodia de los misterios y de dieciocho que habían participado en la mutilación (57), sin que alguno de todos éstos, salvo el de Meleto, concordase con los que había dado el esclavo Andrómaco.

(53) TUCÍDIDES, VI, 29, 3; PLUTARCO: *Alcibiades*, XIX, 4.

(54) TUCÍDIDES, VI, 29, 2.

(55) TUCÍDIDES, VI, 29, 3; PLUTARCO: *Alcibiades*, XIX, 6.

(56) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 36.

(57) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 15, 35.

Dos nuevas denuncias sobre los misterios se produjeron luego: una dama, Agarista, denunció que en otra casa, Alcibiades y dos más que nombró, habían ejecutado parodias, y Lido, otro esclavo, declaró que en la casa de su amo Ferecleo se había hecho lo mismo, estando presente, aunque dormido, el padre del orador Andócides (58).

Las denuncias se sucedían, pues, multiplicándose los nombres de los comprometidos, todos los cuales, con excepción de Alcibiades y Leógoras (el padre de Andócides), se habían apresurado a poner tierra de por medio no bien sonaron sus nombres, aleccionados por la inmediata condena y ejecución de uno de los denunciados por Andrómaco. Se habían votado sucesivamente dos premios, uno de mil, otro de diez mil dracmas, que se adjudicaron luego, el primero a Teucro y el segundo a Andrómaco (59), lo que, sin duda, había alentado las delaciones, muchas de las cuales pueden haber servido para vengar resentimientos personales. Los dos inquisidores demócratas, insistiendo en la interpretación popular de que esos hechos tenían como objeto un movimiento reaccionario, exhortaban a no darse todavía por satisfechos y a llevar aun más adelante las investigaciones (60). De suerte que todos vivían en perpetua zozobra, sin saber si ese día o el siguiente sus nombres no sonarían en el senado. "La ciudad estaba en tal estado de desasosiego (dice Andócides), que no bien el heraldo llamaba el senado al recinto del consejo y bajaba la bandera, junto con la bandera el senado entraba al recinto y el pueblo huía de la plaza, temiendo cada uno ser aprehendido (61).

Aprovechando entonces este ambiente de nerviosidad y con un propósito difícil de precisar, pero que es verosímil atribuir a la satisfacción de una venganza propia o ajena, un tal Dioclide se presentó para hacer una revelación sensacional: Partiendo días atrás para las minas de Laurio, antes del amanecer, para cobrar el alquiler de un esclavo suyo que allí trabajaba, había visto unos trescientos hombres que bajaban a la orquesta del Odeón donde se detuvieron, repartidos

(58) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 16, 17.

(59) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 28.

(60) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 36.

(61) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 36; *de rediva*, 8.

en grupos de quince o veinte. Escondido en la sombra de una columna del vecino templo de Dióniso, había reconocido a algunos de ellos, iluminados por la luna llena. Para evitarse complicaciones había proseguido el viaje, pero a su regreso, al día siguiente, se había enterado de la mutilación de los Hermes, del nombramiento de los inquisidores y del premio de cien minas (diez mil dracmas) votado para las denuncias.

Encontrándose entonces en el taller de un calderero con uno de los que había reconocido aquella noche, lo llamó aparte y le dijo que no tenía mayor interés en recibir dinero del estado que de ellos, principalmente si de esta manera podía hacerles un servicio. Ante esta delicada insinuación, el interesado, que era hermano del cuñado del orador Andócides, lo mandó a casa de Leógoras, padre de éste, donde le prometieron por su silencio dos talentos, en lugar de las cien minas de la recompensa oficial, agregando que, si triunfaba su conspiración, lo harían miembro de la "hetairía". Pero llegó el mes siguiente, fecha del pago, y el dinero no aparecía, por lo que Dioclides se determinó a revelar al senado lo que sabía y dió los nombres de cuarenta y dos personas que había reconocido aquella noche, nombrando en primer término a dos senadores presentes (62).

La sesión se volvió entonces trágica: Se pidió que los acusados fuesen sometidos a la tortura, abrogándose por aclamación una antigua ley que prohibía hacerlo con los ciudadanos. Los senadores denunciados se refugiaron como suplicantes junto al ara de la diosa Hestia y, después de conseguir con gran dificultad que se les aceptaran fiadores, montaron a caballo y huyeron a Lacedemonia, dejando que éstos se las arreglasen como pudieran (63). Por supuesto, todos los que denunció Dioclides y no alcanzaron a huir, entre ellos Andócides con su padre y muchos parientes, fueron inmediatamente encarcelados.

Por esos días y como para confirmar los temores de los atenienses y justificar la severidad de las medidas tomadas, un ejército lacedemonio llegó hasta el istmo de Corinto, en cumplimiento de una operación combinada con los beocios

(62) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 37 - 43.

(63) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 43 - 44.

(64). Con la consiguiente alarma, los estrategos ordenaron el inmediato enrolamiento de todos los ciudadanos y la ciudad pasó toda una noche en pie de guerra, con los ciudadanos en armas, acantonados unos en el ágora, otros junto al templo de Teseo y el senado refugiado en la Acrópolis. Por su parte los beocios, enterados de los preparativos de los atenienses, pasaron también la noche en armas a lo largo de los límites del Atica (65).

Todo no pasó de una mala noche y todavía hubo quien saliera ganando por el momento: Dioclides, quien resultó el héroe del día, puesto que su revelación se había producido precisamente a tiempo para permitir que se tomaran medidas contra la supuesta revolución que debía estallar con el apoyo de tropas lacedemonias. Considerado como el salvador de la ciudad, fué llevado solemnemente en coche al Pritaneo, donde se lo coronó y se lo hizo cenar con los magistrados (66).

Entretanto, en la cárcel, donde todos los últimos acusados se hallaban reunidos, una noche, conmovido por los llantos de las madres, esposas y hermanas que habían sido admitidas a visitarlos, un primo de Andócides lo exhortó a que, aprovechando la impunidad que le procuraría su denuncia, se arriesgase por el bien de tantos parientes amenazados y revelara lo que supiese acerca de este asunto.

Este Andócides, que ya hemos mencionado tan a menudo, aunque poco estimado más tarde por Quintiliano (67) y Dionisio de Halicarnaso, era uno de los diez oradores clásicos incluidos en el canon de la crítica alejandrina. Pertenecía a una de las más antiguas familias de Atenas (68), en la que recaía por herencia la dignidad de heraldo, por lo que Helánico la hacía descender del propio dios Hermes (69). Este mismo historiador hacía remontar la genealogía de Andócides hasta Ulises (70). Era hijo de Leógoras, como ya se dijo, hombre amigo de darse buena vida y fino "gourmet"

(64) TUCÍDIDES, VI, 61, 2.

(65) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 45.

(66) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 45.

(67) QUINTILIANO: *Institutiones Oratoriae*, XII, 10, 21.

(68) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 147.

(69) Ps. PLUTARCO: *Decem Oratorum Vitae*, II, 1.

(70) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXI, 1.

que criaba faisanes para su regalo (71). A la sazón contaba unos veinticinco años y había tenido que defenderse ya poco antes del demagogo Feax (72), lo que permite suponer sus actividades oligárquicas. Parece, además, que, como a su padre, le gustaba divertirse, aunque con menos refinamiento, y según su biografía atribuída a Plutarco, habría sido ya acusado de haber roto en una juerga nocturna una de las estatuas de su antepasado Hermes (73).

Movido, pues, por las exhortaciones de su primo, Andócides se resolvió a hablar e hizo una revelación no menos sensacional que la de Dioclides (74): En una reunión de amigos dedicados alegremente a vaciar copas, uno de ellos, Eufileto, ya nombrado en la declaración del meteco Teucro, había propuesto la mutilación de los Hermes, a lo que Andócides se había opuesto, obteniendo que se abandonara entonces el proyecto. Poco después, estando él en cama a consecuencia de una caída de caballo en que se había roto la clavícula y herido en la cabeza, Eufileto aprovechó su ausencia para llevar a cabo la proyectada mutilación, diciendo a sus amigos que había obtenido la adhesión de Andócides, quien, como lo harían los demás complotados, rompería en la noche fijada la estatua de Hermes que estaba junto a su casa.

Naturalmente, esa estatua, que desde el atentado los atenienses llamaron el Hermes de Andócides, fué la única que se salvó de la mutilación, cosa que no había dejado de despertar sospechas sobre el orador (75). En vista de esta aparente traición, al día siguiente Eufileto y Meleto, otro de los ya denunciados por Teucro, visitaron a Andócides para amenazarlo con arreglarle las cuentas si no se callaba sobre el asunto (76) y a pesar de la digna respuesta que parece haberles dado, es probable que hubiera preferido seguir callado, de no haber sido acusados él y sus parientes.

De las comprobaciones hechas por el senado y los inquisidores, resultó la falsedad de la declaración de Dioclides,

(71) ARISTÓFANES: *Nubes*, 108; *Avispas*, 1269.

(72) Ps. PLUTARCO: *Decem Oratorum Vitae*, II, 11.

(73) Ps. PLUTARCO: *Decem Oratorum Vitae*, II, 3.

(74) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 61. PLUTARCO: *Alcibiades*, XXI.

(75) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXI, 1.

(76) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 63.

demostrada, entre otras pruebas, por el hecho de que la noche de la mutilación, en que él decía haber reconocido a los conspiradores a la luz de la luna llena, era por el contrario noche de luna nueva (77). El pobre Diocrides no tuvo más remedio que confesar que lo habían inducido a esa falsa declaración un primo de Alcibiades y otro, quienes huyeron inmediatamente como todos los que, culpables o inocentes, oían mezclar sus nombres a este peligroso asunto. En cuanto a él, pagó con la vida su gloria de un día (78).

Con la declaración de Andócides que confirmaba, con cuatro nombres más, la mayoría de las denuncias de Teucro, los atenienses se dieron por satisfechos en lo que se refería a la mutilación de los Hermes, con un balance de muertes, destierros y confiscaciones que impresiona cuando se piensa en la precipitada alarma con que se acogían las delaciones y la consiguiente probabilidad de que muchos condenados fueran inocentes, como lo temía Tucídides (79). Pero la mayoría del pueblo ateniense no se preocupaba de amargarse con estas consideraciones la complacencia con que creía verse libre de una oculta asechanza contra sus libertades y el agrado con que pensaba en la cantidad de dinero que tantas confiscaciones de bienes iban a hacer ingresar a las arcas del estado, para asegurar a los buenos ciudadanos el pago de sus dietas de jueces, asambleístas, etc. (80).

## VI

Quedaba, sin embargo, en pie el asunto de la profanación de los misterios, que, desde la primera delación, se había tratado de relacionar con el de los Hermes. Este último había tomado proporciones seguramente mayores de lo que habían calculado sus promotores, por causas difíciles de averiguar, pero que no será aventurado atribuir a la intervención de sicofantas o de gentes interesadas en vengar odios personales. Las revelaciones sensacionales de Diocrides y de Andócides habían

(77) PLUTARCO: *Alcibiades*, XX, 5.

(78) ANDÓCIDES: *de Mysteriis*, 66.

(79) TUCÍDIDES, VI, 60, 5.

(80) TUCÍDIDES:, VI, 60, 5. DITTENBERGER: *Silloge Inscrip. Graec.*, I, 127.

hecho descuidar un poco el primero de estos asuntos, que manifiestamente se había querido poner al principio en primer término usando el de los Hermes para darle más gravedad. Esta primera maniobra de los enemigos de Alcibiades para enredarlo en el proceso, no tuvo, como vimos, todo el resultado que buscaban, pues él estaba presente y su posición era todavía muy fuerte. Después de la denuncia de Teucro, que quizá no entraba en los planes de aquéllos, parecería que una nueva tentativa se hubiera hecho, aprovechando quién sabe qué resentimientos de doña Agarista contra Alcibiades, quien, al decir de Jenofonte (81), "era perseguido por su belleza por muchas y respetables mujeres", pero la intervención de Diocrides y principalmente la de Andócides, volvieron a poner en primer término, por largo rato, el asunto de los Hermes.

Con todo, las largas y angustiosas semanas del proceso y la interpretación tendenciosa o apresurada de varios sucesos, habían hecho cambiar el sentimiento de ese pueblo versátil como el que más, y así como, a pesar de lo turbio de sus justificaciones, había sido benigno con Andócides, gracias al cual había podido descargar su ira contra alguien, estaba dispuesto a exasperarse contra los que no hubiesen purgado aun la menor apariencia de culpabilidad en la que se tenía por averiguada conspiración.

El nombre de Alcibiades, el popular promotor de la expedición, a quien los atenienses no habían tenido el valor de rehusar su apoyo la víspera de la partida, seguía mezclado en este feo asunto que les había hecho vivir semanas de pesadilla y él no estaba ahora allí para conquistarlos con el encanto de su persona y de su elocuencia: "loin des yeux, loin du coeur". Sus enemigos aprovecharon entonces la ocasión para librar contra él la batalla decisiva, pues, como dice Plutarco (82), estando presente, los dominó como quiso, pero en su ausencia las calumnias fueron siempre eficaces.

Esto no es de extrañar si se recuerda el increíble desenfado con que este hombre privilegiado de la naturaleza se conducía en todas las circunstancias de su vida, ofreciendo fácil blanco a las indignadas censuras de los que en todo tiempo

(81) JENOFONTE: *Memorabilia*, I, 2, 24.

(82) PLUTARCO: *Comparación entre Alcib. y Coriolano*, IV, I.

saben disfrazar sus ambiciones políticas con la máscara eficaz de una austeridad tradicional.

Sin mentar la conocida aunque muchas veces mal interpretada aventura de su perro, Alcibiades se había distinguido siempre por su vigorosa y dominadora personalidad, así como por su ostentoso refinamiento. Niño aun, jugando a los huesecillos en la calle con otros muchachos, un carro se acerca; Alcibiades, a quien le tocaba tirar, le ordena al carrero que se pare y como éste insiste en pasar, se tira a través de la calle y le grita: ¡Pasa, si te atreves! (83). Más tarde se niega a aprender a tocar la flauta, porque este instrumento impide el uso de la voz: Que aprendan los chicos beocios, dice, que no saben hablar (84).

Ya adolescente va un día a visitar a Pericles, su tutor; le dicen que está ocupado en meditar cómo rendirá cuentas a los atenienses, y contesta: ¿No sería mejor que pensara cómo no rendirlas? (85). Su gran actividad política no le impide más tarde dedicarse con pasión a los caballos de raza, a la ostentación del lujo y a las mujeres. En la ciudad va vestido con refinada y casi femenina elegancia; en los barcos se hace preparar camas especiales; en la guerra lleva un escudo realzado de oro que trae por empresa un Amor arrojando rayos (86). Todo esto, sin perjuicio de llevarse en brazos hasta su casa a su mujer que ha ido a presentar al Arconte una demanda de divorcio (87), o de arrojar del teatro a bastonazos a un tal Taureas que pretendía rivalizar con él en una coregía (88), además de otras muchas hazañas semejantes.

Pero Alcibiades también era capaz de gestos como los siguientes: Pasando un día por casualidad cerca de una oficina del estado ve una agitada muchedumbre; pregunta de qué se trata y le informan que se hace al pueblo uno de los acostumbrados repartos de donaciones voluntarias. Se acerca entonces y hace inmediatamente una importante entrega que le vale una ovación con lo que se le escapa una codorniz que, según la cos-

(83) PLUTARCO: *Alcibiades*, II, 4.

(84) PLUTARCO: *Alcibiades*, II, 6.

(85) PLUTARCO: *Alcibiades*, VII, 3.

(86) PLUTARCO: *Alcibiades*, XVI, 1.

(87) PLUTARCO: *Alcibiades*, VIII, 6.

(88) PLUTARCO: *Alcibiades*, XVI, 4.

tumbre de los elegantes, llevaba consigo y tras de la que echan a correr los atenienses para devolvérsela (89).

Otra vez un meteco, admirador de Alcibiades, quiere visitarlo y le ofrece una suma de dinero para que lo admita a cenar. Alcibiades, riéndose, le devuelve el dinero y lo invita a cenar, con la condición de que al otro día se presente a la licitación de los impuestos y ofrezca más que los publicanos. El hombre, que no tenía grandes bienes, titubea y Alcibiades lo amenaza con azotarlo. Al día siguiente, se presenta a la licitación y ofrece un talento sobre los demás: los publicanos, alarmados, le exigen un fiador y cuando el hombre, turbado, se disponía a retirarse, Alcibiades, que tenía quién sabe qué sentimientos con los publicanos, se presenta diciendo que responde por el licitante que es su amigo. Aquéllos, que acostumbraban saldar las obligaciones de los arriendos anteriores con el producto de los nuevos, viéndose así en un trance apurado, entraron en tratos con el nuevo concurrente, pero éste, por mandato del mismo Alcibiades, no aceptó menos de un talento por su desistimiento (90).

Todo esto, unido a la generosidad de sus gastos en favor del pueblo, en donaciones, coregías, ornato de la ciudad, el prestigio y merecimientos de su estirpe, el encanto de su elocuencia y de su persona, su valor y su pericia militar, eran causa de que los atenienses hiciesen la manga ancha con sus ocurrencias y les diesen los blandos calificativos de juegos y liberalidades (91). Pero los notables de la ciudad torcían el gesto ante todas esas actitudes en que veían una evidente propensión a la tiranía y daban así autoridad a las indignadas censuras de todos los que vanamente querían rivalizar con Alcibiades (92).

Estos, miembros todos de los grupos oligárquicos que soñaban con recobrar la dirección de los asuntos públicos, no podían ver sin rabia que se alzase frente a ellos un caudillo de talla semejante, capaz de dirigir con segura mano el poderoso partido popular y llevarlo, tras de su arrogante ambición, a una política imperialista muy capaz de desarrollarse con éxito

(89) PLUTARCO: *Alcibiades*, X, 1.

(90) PLUTARCO: *Alcibiades*, V.

(91) PLUTARCO: *Alcibiades*, XVI, 3.

(92) PLUTARCO: *ibid.* *Diodoro de Sicilia*, XIII, 5.

en manos de Alcibíades y levantarlo a él a un poderío tal que daría por tierra con los planes oligárquicos. En efecto, ¿qué sería de ellos si aquél, ayudado por su increíble buena suerte y por su arrojo temerario, dueño de las imponentes fuerzas que Atenas le acababa de confiar, llevaba a cabo los ambiciosos proyectos de que la expedición a Sicilia era comienzo y que consistían en dominar luego el Africa, Italia y el Peloponeso, realizando así la primera etapa de la unificación de Grecia? (93). Por eso, había que aprovechar la ocasión de que el seductor del pueblo no estaba allí y de que, concluido el asunto de los Hermes, les quedaba a los atenienses exacerbados un sobrante de ira aun no consumida (94).

El momento era favorable para atraer la atención al asunto de los misterios, de donde la había desviado el proceso de la mutilación, y para persuadir al pueblo que ese sacrilegio tenía la misma significación subversiva que el otro. Para apoyarlos en aquel propósito, contaban los oligarcas con la prestigiosa familia de los Eumólpidas, que de seguro los secundaba, no sólo por las relaciones de clase que, sin duda, mantenía con ellos, sino también por lo mucho que le iba en castigar la divulgación de las ceremonias secretas de Eleusis, cuya interpretación y presidencia eran para ella un antiguo e importantísimo privilegio (95).

Fué, por lo tanto, relativamente fácil volver contra el ausente aquella "ira ociosa", como dice Plutarco: Después del susto pasado, los atenienses no estaban para bromas y los desplantados de la vida privada de Alcibíades se prestaban desgraciadamente a que, con ayuda de la calumnia (96), se lo creyera muy capaz de haber parodiado los misterios, como ya se había insinuado, y en esos momentos de ofuscación estaban los ánimos muy dispuestos a ver en ello una prueba de haber conspirado contra el estado. Admitido esto, la aproximación de las tropas lacedemonias debía de haber sido instigada por él y, para robustecer esta sospecha, no dejarían sus enemigos de recordar las relaciones de sus antepasados con Esparta, por más que, casi desde su entrada en la vida política, Alcibíades

(93) PLUTARCO: *Alcibiades*, XVII, 3.

(94) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXI, 4.

(95) *Escolios a Esquines*, III, 18.

(96) H. HOUSSAYE: *Histoire d'Alcibiade*, II, 97.

hubiera sido adversario de los espartanos. Además, otra desdichada coincidencia venía a favorecer a los calumniadores: Los muchos amigos que Alcibiades tenía en Argos fueron sospechados por esa época de tramar un movimiento oligárquico y con este motivo, los supuestos antidemócratas que aquél había tomado como rehenes dos años atrás, cuando ayudó a los de Argos a aliarse con Atenas (97), fueron entregados por los atenienses a esa ciudad para ser muertos (98).

## VII

Todos estos hechos, hábilmente presentados, eran más que suficientes para que el pueblo exaltado, olvidándolo todo, tuviera por seguro que Alcibiades había conspirado contra la democracia. Con su veleidad característica, los atenienses veían ahora su peor enemigo en el que algunas semanas antes era su ídolo. Se lamentaban de haberlo dejado partir en vez de entregarlo a los tribunales para que pagara con la vida crímenes tan grandes y hacían arrojar a la cárcel, como cómplices, a sus parientes o amigos que se atrevían a defenderlo (99).

Sedientos de la sangre de Alcibiades, dispusieron entonces los atenienses que la nave del estado, la Salamina, fuese a buscarlo para que se lo sometiese a juicio. Pero, conociendo su prestigio ante el ejército y temiendo que éste se resistiera al apresamiento de su jefe, se recomendó la mayor discreción a los emisarios (100). Alcibiades, junto con otros acusados, siguió en su propia nave a la Salamina (101), pero, como no pensaba hacerles el juego a sus enemigos, suponiendo probablemente que si habían conseguido su llamamiento sería porque le habrían enajenado del todo los ánimos de los atenienses, aprovechó la recalada de las naves en Thurii, en el golfo de Tarento, y se escapó del barco con sus compañeros de desgracia. A un conocido que le preguntaba si no tenía confianza en su patria, le contestó: "Todo lo demás se lo confiaría, pero la vida no se la confiaría en un juicio ni a mi propia madre, de miedo que

(97) TUCÍDIDES: V, 84, 1.

(98) TUCÍDIDES: VI, 61, 3.

(99) PLUTARCO: *Alcibiades*, XX, 3.

(100) TUCÍDIDES: VI, 61, 4, 5. PLUTARCO: *Alcibiades*, XXI, 4.

(101) TUCÍDIDES: VI, 61, 6.

por error no pusiera en la urna una piedra negra por una blanca" (102).

Después de una infructuosa pesquisa, los emisarios volvieron a Atenas, donde se substanció rápidamente el proceso por impiedad hacia las diosas Demeter y Kore, con violación de las reglas e instituciones de los Eumólpidas. Tésalo, hijo del gran Cimón, tuvo la triste gloria de ser el acusador y Alcibiades, con los demás, fueron condenados a muerte en rebeldía, sus bienes confiscados y ellos solemnemente anatematizados (103): los sacerdotes y sacerdotisas, vueltos hacia el ocaso, pronunciaron las terribles maldiciones rituales, desgarrando sus vestidos de púrpura, según la vieja costumbre (104). Con todo, los dioses no permitieron que ante esta explosión de odios faltase, en la ciudad de la serena Virgen, el bello gesto de una protesta femenina: Teano, la hija de Menón, se negó a cumplir la última parte del decreto, diciendo que era sacerdotisa para elevar plegarias a los dioses y no para pronunciar maldiciones (105).

Así terminó el primer acto de lo que podría ser la tragedia de la ruina de Atenas. El odio banderizo y la envidia de las facciones oligárquicas, cuyas miras no iban más allá que a modificar en beneficio propio el régimen de la ciudad, malograron los esfuerzos de una de esas ambiciones geniales, muchas veces necesarias al engrandecimiento de un pueblo, que quién sabe si no habría anticipado en un siglo y medio la obra de unificación helénica realizada por Alejandro.

Alcibiades, que había pasado a Argos, se enteró allí de que sus conciudadanos lo habían condenado a muerte: llena el alma de explicable rencor, dijo: "Pero yo les mostraré que estoy vivo" (106) y ofreció sus servicios a los espartanos, que se apresuraron a aceptarlos. Cuatro años después obtuvo un desquite momentáneo cuando, a la expulsión de los Cuatrocientos, los atenienses lo llamaron, y a pesar del daño que él mismo había hecho a su patria al servicio de Esparta, supo

(102) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXII, 2. ELIANO: *Varia Historia*, XIII - 38.

(103) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXII, 4.

(104) LISIAS: *contra Andócides*, 51.

(105) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXII, 5.

(106) PLUTARCO: *Alcibiades*, XXII, 3.

restablecer en gran parte su quebrantado poder. Pero sus implacables enemigos, que no descansarían hasta hacerlo asesinar, consiguieron una vez más enajenarle los ánimos de los atenienses y, nuevamente desterrado, se perdió con él toda esperanza de salvación para Atenas que, como por castigo del hado, se hundió a sí misma cada vez que consintió en hundir a Alcibiades (107).

(107) ISÓCRATES: *de Bigis*, 37. Corn. NEPOTE: *Alcibiades*, VI. 2.

ENRIQUE FRANÇOIS.